

¡Cállate, dragón malvado! No quiero tener más hijos contigo

V3

Capítulo 102: Los dragones marinos.

En la frontera entre los territorios humanos y dragones, en lo profundo del bosque, una joven corría por su vida, mirando hacia atrás de vez en cuando.

Su rostro estaba lleno de miedo, como si alguien la pisara los talones. Aunque no había nadie detrás de ella, no podía permitirse detenerse ni un segundo.



No sólo estaba intentando escapar de sus perseguidores, sino que también tenía que guiarlos lo suficientemente lejos para evitar que descubrieran a su padre.

Sin embargo, los sprints de larga distancia no eran su punto fuerte y, en poco tiempo, las tres figuras que estaban detrás de ella siguieron su rastro.

Arriba, el crujido de las hojas sonaba como una jaula invisible que se iba cerrando a su alrededor, centímetro a centímetro.

De repente, la voz de un hombre resonó entre las sombras del bosque.

—Deja de correr, Rebecca. Ríndete y regresa al imperio con nosotros.

Rebecca reaccionó al instante, levantó su pistola y disparó tres tiros en dirección a la voz.

Los disparos asustaron a los pájaros que estaban entre los árboles, pero no alcanzaron a sus perseguidores.

Ella sabía que su arma era esencialmente inútil contra estos tres.

Aun así, siguió corriendo, aunque no tenía ni idea de adónde se dirigía. Mientras pudiera ganar tiempo, tal vez su padre tendría una oportunidad.



Impulsada por esa creencia, siguió adelante y corrió más profundamente hacia el bosque, a pesar de su agotamiento.

En lo alto, los tres perseguidores observaban su figura alejarse. Para ellos, su pequeño cuerpo no parecía más que un ratón aferrándose desesperadamente a la vida.

—Debe saber dónde se reúnen León y Tigre, además de información sobre la 'Sociedad Corazón de León'. Lord Scott la quiere viva. Recuérdenlo —dijo Kini, el líder del trío.

“Sí, Capitán.”

Después de una pausa, Kini notó que no había recibido una tercera respuesta y miró hacia arriba.

Kimei, ¿escuchaste la orden?

Un hombre llamado Kimei estaba de pie en una rama frente a él. Miró su brazo derecho vacío y murmuró: «Capitán, ¿no puedo al menos quitarle un brazo para vengarme antes de que la traigan?».

—Quien te cortó el brazo fue Tiger, no el artillero. Si quieres venganza, céntrate en el objetivo correcto —respondió Kini con un resoplido frío—. Bien, mientras siga viva, haz lo que quieras.

El rostro de Kimei se iluminó con una sonrisa. «Gracias, capitán. ¡No me contendré entonces!»



Con eso, el trío desapareció, reanudando su persecución a través del bosque.

Rebecca siguió adelante, pero finalmente se metió en un matorral; su pequeña estatura le daba la cobertura perfecta.

¿Quién dijo que ser bajito no tenía sus ventajas?

Esta rara oportunidad de recuperar el aliento era algo que no podía desperdiciar.

Apoyándose en los arbustos, cerró los ojos; sus piernas temblaban por el esfuerzo y apenas podía sostener la pistola.

Ella revisó su revista.

“Solo quedan cuatro balas...”

Un sentimiento de desesperanza la invadió.

Los artilleros como ella dependían de las armas de fuego, y si llegaba el momento de luchar cuerpo a cuerpo, no tendría ninguna oportunidad contra el Trío de Cuchillas.

Cada uno de esos tres podría derrotar a un Rey Dragón, tal como Leon en su mejor momento.

Su padre había luchado con todas sus fuerzas para cortarles uno de sus brazos, dándoles así un tiempo precioso para huir.



Pero fue sólo un breve respiro, ya que el trío pronto recuperó su rastro.

Ahora su única esperanza era que León pudiera alcanzarlos a tiempo y poner a su padre a salvo.

En cuanto a ella misma...

Rebecca apoyó la cabeza hacia atrás contra el arbusto, sus dos colas de caballo se habían aflojado, dejando que su cabello verde cayera sobre sus hombros, dándole una belleza triste.

“Si pudiera llevarle esta evidencia a Leon... por fin tendría la oportunidad de derrotar a ese perro de emperador.”

Desde el momento en que decidió apoyar a Leon, supo que terminaría en una situación como esta.

En cierto modo, su vida se había realizado: había descubierto los planes del imperio poco a poco, había formado la Sociedad Corazón de León e incluso se había hecho amiga de Rosvisser.

Si de algo se arrepentía era de no haber conocido nunca a las tres adorables hijas de Leon.

Y... no poder ver el día en que el nombre de León fuera limpiado y el imperio fuera derribado.



—Bueno, al menos... puedo morir sin remordimientos.

Ella se armó de valor y obligó a su cuerpo exhausto a ponerse de pie.

Por encima de ella regresó el sonido del crujido de las hojas.

En el segundo siguiente, aparecieron tres figuras que la rodearon formando un triángulo.

—Por fin te alcanzamos, pequeña —dijo Kini, saliendo de las sombras con una sonrisa satisfecha.

Rebecca levantó su pistola, apuntando directamente a la frente de Kini, y disparó sin dudar.

¡Estallido! -

Pero Kini salió ileso.

**Una barrera blanca de energía mágica colgaba frente a él,
bloqueando la bala.**

**“Como antiguo artillero principal del imperio, debes saber
que si tus balas no están encantadas, no pueden penetrar un
escudo mágico”.**

**Kini se rió entre dientes y continuó: "¿O estás demasiado
cansado para encantarlos más?"**



La única respuesta de Rebecca fueron otras dos balas.

**Pero como dijo Kini, las balas no encantadas no podían
atravesarlo.**

**Pistola de la norma imperial, con cargador de trece balas.
Desde que empezamos a luchar hace unas horas, ya has
disparado doce.**

La miró con aire de suficiencia. "Solo te queda una bala, ¿no?"

**—Capitán, deje de perder el tiempo con ella. Déjeme cortar el
brazo a esta mocosa antes de interrogarla sobre Tiger —dijo
Kimei, el manco, visiblemente ansioso.**

**—Paciencia, Kimei. ¿No te gusta ver la desesperación en el
rostro de tu presa? —dijo Kini, cruzándose de brazos y**

acercándose—. Disfruto mucho de esa mirada feroz y desesperanzada en sus ojos.

El Trío de Espadas, famoso por matar Reyes Dragón, podría manejar fácilmente a un artillero.

Pero disfrutaban de la emoción de atormentar a sus presas.

Ver a sus víctimas pedir clemencia siempre les había proporcionado una satisfacción inigualable.

Después de todo, habían surgido de miles, sobrevivieron a un entrenamiento infernal y arriesgaron la muerte para fusionarse con la Magia Primordial, todo por momentos como este.



Kini disfrutaría muchísimo de esta cacería.

Niña, si nos dices dónde está Tiger ahora, quizá pueda recomendarte a Lord Scott. Quizás te deje con vida.

El rostro tenso de Rebecca se relajó mientras se burlaba, con un tono lleno de desdén.

Te mueres por saber dónde está mi papá, ¿verdad? Pues qué lástima. Nunca te lo diré, maldito perverso.

La expresión de Kini se volvió fría. "Veo que eres testaruda hasta el final".

Se detuvo en seco y su mirada se volvió gélida.

Rebecca Clement, exartillero de la Primera Unidad de Matanza de Dragones del Imperio. Se le busca por alta traición, acusada de múltiples asesinatos y de difundir propaganda falsa. Si se resiste, estamos autorizados a usar la fuerza.

Rebecca frunció el ceño, sus ojos verdes brillaron desafiantes. Espetó: «Vete. Al. Infierno».

—¿Entonces es violencia? Bien. Kimei, puedes empezar.



“¿Estaba esperando esto, Capitán!” La mano restante de Kimei comenzó a reunir Magia Primordial.

Rebecca sabía que si tal magia la golpeaba, quedaría incapacitada instantáneamente.

En ese punto, estos monstruos podrían extraer de su mente cualquier información que quisieran sobre Leon y su padre.

Ella no estaba dispuesta a permitir que eso sucediera.

“¡Monstruos retorcidos! Leon no perdonará a ninguno de ustedes”.

“¿Leon Cosmod? No te preocupes. Cuando terminemos contigo, se unirá a ti pronto”, sonrió Kini con suficiencia. “Pero solo después de que te hayamos exprimido toda la información”.

—¡No conseguirás nada de mí! —gritó, levantando de nuevo la pistola.

El trío asumió que estaba apuntando hacia ellos y rápidamente levantaron sus escudos.

Pero para su sorpresa, ¡Rebecca apuntó el arma hacia su propia sien!

Tienes razón, me queda una bala. No atravesará tus escudos, pero seguro que me atravesará la cabeza.



Ella siempre fue así: testaruda y salvaje. Si iba a morir, lo haría a su manera.

Al darse cuenta de su intención, Kini entró en pánico y gritó: "¡Deténganla! ¡Si muere, perderemos todo rastro de Tiger!".

El trío se abalanzó hacia ella.

Pero por muy rápidos que fueran, no podían golpear su dedo en el gatillo a quemarropa.

Apretó el dedo y cerró los ojos. Una lágrima resbaló por su mejilla mientras murmuraba: «Adiós, León».

Justo cuando apretó el gatillo, el tiempo pareció congelarse.

Rebecca escuchó el nítido sonido del mecanismo de la pistola haciendo clic, la bala cargada y disparada con un destello oscuro, acelerándose hacia su cabeza.

—¡Maldita sea! —maldijo Kini mientras se lanzaba a interceptarlo, con la ira ardiendo en su voz.

No había forma de que alguien pudiera moverse lo suficientemente rápido para interceptar una bala a esa distancia. Era imposible.

Pero justo en ese momento, un rayo azul atravesó el aire, más rápido de lo que el ojo podía seguir.



El rayo azul levantó una nube de polvo, obligando al trío a retroceder unos pasos.

Cuando el polvo se disipó, Kini miró en dirección a Rebecca.

La pistola negra yacía en el suelo, y la bala que debería haber acabado con su vida estaba alojada en el tronco de un árbol a su derecha.

En el suelo, un hombre se agachó, protegiendo a Rebecca debajo de él.

Arcos azules de electricidad crepitaban sobre su cuerpo. Levantándose lentamente, la miró, aliviado al encontrarla viva.

Rebecca abrió los ojos de par en par, incrédula ante lo que veía. Las lágrimas le corrían por el rostro mientras lo abrazaba con fuerza, como una niña aferrada a su protector.

León le acarició suavemente la cabeza.

—Está bien ahora, Rebecca.

Desde la distancia, el Trío de Espadas quedó en shock.

Así que este era Leon Cosmod...



¿Su velocidad... había excedido una bala?!

"Esto... esto no puede ser..." La voz de Kiní estaba cargada de incredulidad mientras miraba a Leon, intentando procesar lo que acababa de suceder. Incluso con todas las mejoras de la Magia Primordial, el trío no podía ni acercarse a lo que Leon acababa de hacer.

León miró a Rebecca, que todavía lo sostenía y su pequeña figura temblaba ligeramente mientras luchaba por estabilizarse después de su accidente.

"¿Quieres montar un dragón, Rebecca?" preguntó León suavemente.

—Eh... ¿qué quieres decir? —respondió ella, parpadeando confundida.

—Agárrate fuerte —dijo León, levantándola antes de que tuviera oportunidad de reaccionar.

—¡E-espera! ¡Ahhh! —gritó ella mientras él la lanzaba por los aires.

En ese instante, un destello plateado atravesó el cielo, alcanzándola en plena caída. Al abrir los ojos, Rebecca se encontró tumbada sobre el lomo ancho y robusto de un dragón.

“¿Ros... Rosvisser!?”



—Agárrate fuerte —dijo Rosvisser con calma, mirándola—. Esperaremos a Leon en un lugar más seguro.

Rebecca asintió rápidamente, agarrando firmemente las escamas del dragón mientras Rosvisser despegaba, sus alas batiendo poderosamente mientras se alejaban del bosque.

De vuelta en el claro, Leon ahora estaba solo, frente al Trío de Espadas, sin intención aparente de enfrentarlos directamente.

Él y Rosvisser se dirigían a una cueva en la montaña cuando oyeron el alboroto y llegaron justo a tiempo para salvar a Rebecca de la persecución del trío. Ahora era evidente que la ubicación de Tiger había sido comprometida.

En lugar de enredarse en una batalla interminable, León decidió que sería mejor reagruparse en un lugar más seguro. Echó una rápida mirada calculadora a los tres hombres, fijándose en Kimei, el manco.

Usar la posición de Kimei como vía de salida parecía la mejor opción.

Habiendo formado rápidamente su plan de escape, Leon activó el poder de las *Nueve Puertas del Infierno*, invocando la fuerza del rayo de las *Mil Pájaros* en sus manos mientras cargaba directamente hacia Kimei.

—¡Kimei, cuidado! ¡Es increíblemente rápido! —gritó Kini con voz de pánico.



Pero antes de que Kini pudiera terminar su advertencia, León ya estaba sobre Kimei.

Kimei apenas tuvo tiempo de procesar lo que estaba sucediendo. Se preparó, preparando un ataque de Magia Primordial para contrarrestar la embestida de Leon.

Pero León no lo enfrentó de frente. En cambio, esquivó con destreza la guardia de Kimei, eludiendo sus defensas por el vulnerable lado derecho, donde le faltaba el brazo.

Cuando Kimei se giró para lanzar un segundo ataque, Leon ya se había ido.

En un abrir y cerrar de ojos, desapareció en las profundidades del bosque, dejando al Trío de Espadas solo en un silencio atónito.

Un escalofrío recorrió la espalda de Kini mientras contemplaba el bosque oscuro y vacío. Finalmente, dijo en voz baja: «Retrocedamos».

...

Tras librarse del Trío de Cuchillas, Leon se reunió rápidamente con Rosvisser y Rebecca, quienes lo esperaban cerca de las montañas. Juntos, se dirigieron a una cueva aislada escondida tras una cascada.

—Rebecca, ¿los rastrearon a ti y a tu padre? —preguntó Leon una vez que aterrizaron.



Rebecca asintió solemnemente. «Por lo que dijeron, parece que descifraron nuestros movimientos durante el reinado de Elandi. Tras el ataque de Konstantin, Elandi fue derrocado y Scott ocupó su lugar. No perdió tiempo en darnos caza».

León entrecerró los ojos. "¿Dónde está Tiger ahora? ¿Está a salvo?"

Ante esto, la expresión de Rebecca se ensombreció y sus hombros cayeron.

—Padre... está gravemente herido. Lo escondí en la cueva con la esperanza de alejar al Trío de Cuchillas lo suficiente para que pudieras llegar.

León le puso una mano en el hombro. «Gracias, Rebecca».

Al enterarse de las heridas de Tiger, Rosvisser inmediatamente aceleró el paso, impulsándolos hacia la cueva de la montaña.

Media hora después, llegaron a la cascada que ocultaba la entrada a la cueva.

—¡Padre! ¡Padre, el capitán León está aquí! —gritó Rebecca, corriendo hacia el interior.

León y Rosvisser le siguieron de cerca.

“Tos... tos...”



Una tos áspera resonó entre las sombras, llenando a León de pavor. Aceleró el paso, pero se quedó paralizado al ver la escena que tenía delante.

Tigre yacía sobre una cama improvisada de hierba seca, con sangre filtrándose a través de su camisa desde una herida profunda en su pecho, tiñendo de rojo la hierba debajo de él.

—¡Maestro! ¿Qué... qué pasó? —León corrió al lado de Tigre para examinar sus heridas.

“Durante la huida, se esforzó al máximo para cortarle el brazo a Kimei, lo que nos dio un tiempo precioso para huir”, explicó Rebecca con tono sombrío. “Usé magia curativa para estabilizarlo, pero no durará mucho... Como mucho, tenemos seis horas. Capitán, con heridas tan graves...”

León había visto caer a suficientes amigos como para saber lo que insinuaba. La magia solo retrasaría lo inevitable unas horas, nada más.

Apretando los puños con tanta fuerza que los nudillos le crujieron, el pecho de León se llenó de furia impotente.

Tigre lo había criado y entrenado para convertirse en el cazador de dragones más fuerte del imperio. De no ser por Tigre, León no sería quien es hoy.

Incluso después de que León fuera incriminado y deshonrado por el imperio, Tiger había arriesgado todo para limpiar su nombre.



Tigre había hecho mucho más de lo que cualquier figura paterna podría haber hecho, pero este era el destino que enfrentaba...

“Niño... oye, niño...” La voz de Tigre era apenas un susurro.

—¡Maestro! Estoy aquí —respondió León, acercándose.

“Mar... Mar...”

Mientras hablaba, la visión de Tigre se volvió borrosa y cada palabra era una lucha.

—¿Qué, Maestro? Te escucho.

Clan del Dragón... Marino...

**Los ojos de León se abrieron y su corazón latía con fuerza
cuando se dio cuenta.**

**“Llévame... al Clan del Dragón Marino, chico... llévame allí...”
Traducido por:**

๐๐๗๐ – **RexScan**

